

con objeto de seguir paso á paso todas las circunstancias de una excavacion curiosísima bajo todos aspectos, y hallé tan cómoda aquella morada, colocada al lado de la casa de Salustio, que la preferí á los palacios inmediatos al Foro.

»Mucho se ha escrito sobre Pompeya; pero tambien se ha desvariado notablemente. Por ejemplo, un sabio llamado Matorelli se ocupó durante dos años enteros en redactar una enorme memoria para probar que los antiguos no habian conocido las vidrieras, y quince dias despues de la publicacion de su in-folio, se descubrió una casa cuyas ventanas estaban cerradas con vidrios. Necesario es convenir, no obstante, que los antiguos no eran muy amigos de esta clase de huecos, pues comunmente la luz entraba por la puerta; pero en las casas de los patricios se veian hermosos cristales, tan transparentes como nuestros vidrios de Bohemia, y que se ajustaban con listones de bronce, de mucho mejor gusto que los nuestros, de madera.

»Un viajero de mucho genio y talento, que ha publicado algunas cartas sobre la Morea, y con él otros muchos, han extrañado que las modernas construcciones de Oriente sean absolutamente semejantes á las de Pompeya; pero reflexionando un poco, nada mas natural que esta semejanza. Las artes en general han nacido en Oriente, y esto no debian nunca olvidarlo cuantos se dedican al estudio y desean ilustrar la opinion.

»Continuáanse las excavaciones con mucha perseverancia, orden y cuidado, intentando descubrir un nuevo cuartel y soberbias termas, y en una de las salas que he visto, he observado con sorpresa tres sillas de bronce, de forma enteramente desconocida y de una construccion bellísima. En una de ellas estaba colocado el esqueleto de una mujer, cuyos brazos se hallaban cubiertos de alhajas; y en la otra habia brazaletes de oro, de forma ya conocida: examiné un collar, de trabajo ciertamente maravilloso, y puedo asegurar seria imposible que nuestros mas hábiles diamantistas hicieran cosa mas preciosa, ni de mejor gusto.

»Difícil es pintar el placer que se experimenta al tocar aquellos objetos en los mismos sitios en que han reposado tantos siglos, y antes que la ilusion desaparezca. Una de las ventanas estaba cerrada con hermosos vidrios, que se han trasladado al museo de Nápoles.

»Las alhajas fueron transportadas al palacio real, siendo á pocos dias objeto de una exposicion pública.

»Pompeya ha permanecido veinte siglos oculta en las entrañas de la tierra, y aun cuando las naciones han pasado sobre su suelo, sus monumentos han permanecido en pié y sus adornos intactos. Si reviviera un contemporáneo de Augusto, podria decir: «Salud, ¡oh patria mia, mi morada es la única que ha conservado su forma sobre la tierra, y con ella hasta los mas triviales objetos de mi afecto. Hé aquí mi lecho; hé aquí mis autores favoritos. Mis pinturas están aun tan frescas como el dia en que la mano ingeniosa del artista adornó con ellas mi vivienda. Recorramos la ciudad, vamos al teatro y en él reconoceré el sitio donde aplaudí por primera vez las bellas escenas de Terencio y Eurípides.»

»Roma es un vasto museo: Pompeya es una antigüedad viva.»

ADVERTENCIA DE LA EDICION DE 1827.

Nada de particular tengo que decir acerca del *Viaje á América* que va á leerse; la narracion, así como el asunto de los *Natchez*, está sacada del manuscrito original de los mismos *Natchez*, y por lo tanto, este *Viaje* encierra su comentario y su historia.

Todas mis obras mencionan con frecuencia mi paso por América, y aun cuando habia pensado recoger y colocar por orden de fechas en mi relato, todas esas reminiscencias, he renunciado á este propósito para evitarme un doble trabajo, y solo me he circunscrito á recordar aquellos pasajes, citando algunos que me han parecido necesarios para la inteligencia del texto, y son de corta extension.

En la *Introduccion* he insertado un fragmento de las *Memorias de mi vida*, para que el lector se familiarice con el jóven viajero á quien va á seguir á Ultramar; y en cuanto á la redaccion, diré que he corregido con esmero la parte escrita anteriormente, siendo del todo nueva la que describe los hechos posteriores á 1794, que nos conducen hasta nuestros dias.

Al hablar de las repúblicas españolas, digo (hasta donde me es permitido decir) lo que hubiera deseado hacer en pro de aquellos Estados nacies, cuando mi posicion política me daba influencia en los destinos de los pueblos; pero debo, no obstante advertir que, no he tratado este gran negocio sin tener presente cuanto necesitaba para ilustrarme en él, habiendo hojeado muchos volúmenes impresos y *Memorias inéditas* para componer una docena de páginas. He consultado además á personas que han viajado y residido en las repúblicas españolas, y soy deudor á la atencion del caballero Esmenard, de datos preciosos sobre los empréstitos americanos.

El prefacio que precede al *Viaje á América* es una especie de historia de los viajes, y presenta al lector el cuadro general de la ciencia geográfica, ó mejor dicho, el itinerario del hombre por el globo.

Respecto á mis *Viajes por Italia*, solo era conocida del público mi carta dirigida desde Roma á Mr. de Fontanes, y algunas páginas acerca del Vesuvio: las cartas y notas que se han unido á estos opúsculos, no habian visto aun la luz pública.

Los *Cinco dias en Auvernia*, trozo inédito, siguen, en el orden cronológico á las Cartas y Notas sobre Italia.

El *Viaje al Monte Blanc* vió la luz en 1800, pocos meses antes de mi partida para Grecia.

PREFACIO.

Los viajes son una de las fuentes de la historia, pues por medio de las narraciones de los viajeros se hermana la historia particular de cada país con la de las naciones extrañas.

Los viajes se remontan hasta la cuna de la sociedad, y los libros de Moisés nos cuentan, las primeras emigraciones de los hombres. En estos libros vemos al patriarca conducir sus ganados en las llanuras de Canán, al árabe vagar por sus solitarias arenas, y al fenicio explorar las mares.

Moisés hace salir la segunda familia de los hombres, de las montañas de Armenia, punto central de las tres grandes razas, cobriza, negra y blanca: indios, negros y celtas ú otros pueblos del Norte.

Los pueblos pastores reconocen por padre á Sem, los comerciantes á Cam, y los militares á Jafet. Moisés puebla la Europa con los descendientes de Jafet, y los griegos y romanos consideran á Japeto como el padre de la especie humana.

Homero, bien haya existido un poeta de este nombre, bien sean las obras que se le atribuyen una coleccion de las tradiciones griegas, nos ha dejado en la *Odisea*, el relato de un viaje, transmitiéndonos por su conducto las ideas que en la primera antigüedad existian acerca de la configuracion de la tierra, cosmografía conforme con la de Hesiodo: segun aque-

llas ideas, la tierra representaba un disco circundado por el rio Océano.

Herodoto, padre de la historia, como Homero lo es de la poesia, fue como este un viajero; recorrió el mundo conocido en su tiempo, y ¿con qué encanto no ha descrito las costumbres de los pueblos? En aquella época no existian aun mas que algunas cartas de las costas, trazadas por los navegantes fenicios, y el mapamundi de Anaximandro, corregido por Hecateo, que escribió tambien un itinerario del mundo, citado por Estrabon.

Herodoto es el único que distingue bien dos partes de la tierra, la Europa y el Asia, pues la Libia ó el Africa, segun él, no eran otra cosa que una vasta península de esta última region. Marca tambien los caminos de algunas caravanas en el interior de la Libia, y da una sucinta relacion de un viaje al rededor de Africa. Necos rey de Egipto, protegió la navegacion de unos fenicios del golfo árabe, quienes volviendo á este país por las columnas de Hércules, despues de haber invertido tres años en llevar á efecto su navegacion, contaron á los admirados pueblos que habian visto al sol á su derecha. Tal es el hecho contado por Herodoto.

Los antiguos, como nosotros, tuvieron dos especies de viajeros; unos que recorrían la tierra, y otros que visitaban los mares. Próximo á la época en que escribió Herodoto, el cartaginés Hannon realizó su *Periplo*, quedándonos asimismo algunos restos de la compilacion de las excursiones marítimas de su tiempo, hechas por Scylax.

Platon nos ha dejado la novela de aquella Atlántida, en la que se ha querido descubrir la América, y Eudoxio, compañero de viaje del filósofo, compuso un itinerario universal, en el cual unió la geografía á las observaciones astronómicas.

Hipócrates visitó los pueblos de la Escitia, y aplicó los resultados de su experiencia al alivio de la especie humana.

Jenofonte ocupa un lugar ilustre entre aquellos viajeros armados, que contribuyeron á hacernos conocer la morada que habitamos.

Aristóteles, que se adelantó á su siglo, creia que la tierra era esférica, y calculaba su circunferencia en 400,000 estadios, pensando como Cristóbal Colon, que las costas de la Hesperia estaban en frente de las de la India. Tenia una idea vaga de Inglaterra é Irlanda, á las que denominaba Albion y Jerna, y aun cuando no le eran desconocidos los Alpes, los confundia con los Pirineos.

Dicearco, uno de sus discípulos, hizo una descripcion encantadora de la Grecia, de la cual solo poseemos algunos fragmentos, en tanto que otro discípulo de Aristóteles, Alejandro el Grande, llevaba el nombre de la misma Grecia hasta las fronteras de la India. Las conquistas de Alejandro obraron una revolucion en las ciencias como en los pueblos.

Androstenes, Nearco y Onesicrito, reconocieron las costas meridionales del Asia, y despues de la muerte de Filipo, Seleuco Nicanor penetró hasta el Ganges; Patrolo, uno de sus almirantes, navegó en el Océano Indio. Los reyes griegos de Egipto abrieron un comercio directo con la India y la Trapobana; Tolomeo Filadelfo envió á la India geógrafos y flotas; Timostenes publicó una descripcion de todos los puertos conocidos, y Eratóstenes cimentó sobre bases matemáticas un sistema completo de geografía. Las caravanas que hacían el comercio, penetraban en la India por dos caminos diferentes, uno de los cuales terminaba en Palibotra, descendiendo por el Ganges, y el otro circuía los montes Imatis.

El astrónomo Hiparco anunció una dilatada tierra que debia unir la India al Africa, profetizando ya el universo de Colon.

La rivalidad de Roma y Cartago hizo viajero á Po-

libio, y le condujo á visitar las costas del Africa hasta el monte Atlas, con el fin de conocer á fondo el pueblo, cuya historia queria escribir. Eudoxio de Cirica intentó dar la vuelta al Africa por el Oeste, en los reinados de Tolomeo Fiscon y Tolomeo Latur, y buscó una ruta mas directa para pasar desde los puertos del Golfo Árabe á los puertos de la India.

Empero los romanos, extendiendo sus conquistas hacia el Norte, arbolaron nuevas velas: Pitheas de Marsella, que anteriormente habia tocado en las riberas de donde debian venir un dia los destructores del imperio de los Césares, navegó hasta los mares de la Escandinavia; fijó la posicion del Cabo Sagrado y del Cabo Calbium (Finisterre) en España, reconoció la isla Uxisama (Ouessant), la de Albion, una de las Casitéridas de los cartagineses, y surgió á la famosa Thulé, que la antigüedad creyó fuese la Islandia, pero que segun todas las apariencias, es la costa del Jutland.

Julio César esclareció la geografía de los galos, comenzó el descubrimiento de la Germania y de las costas de la isla de los Bretones, y Germánico llevó las águilas romanas hasta las márgenes del Elba.

Estrabon, en el reinado de Augusto, comprendió en una obra, así los conocimientos de los viajeros que le habian precedido, como los que él mismo habia adquirido; pero si su geografía ofrece alguna novedad relativamente á algunas partes del globo, hace tambien retrogradar la ciencia en algunos puntos: Estrabon distingue las islas Casitéridas de la Gran Bretaña, y presume que las primeras (que segun esta hipótesis deben ser las Sorlingas), producian estaño: este metal se extraía de las minas de Cornouailles, y cuando el geógrafo griego escribia, hacia ya tiempo conocia el mundo romano el estaño de Albion, que llegaba á aquellos países atravesando las Galias.

En la Galia ó la Céltica suprime este geógrafo casi toda la península armoricana, y no conocia el Báltico aun cuando pasase ya por un gran lago salado, en cuya extension se hallaba la *Costa del ámbar amarillo*, que es la Prusia actual.

En la época en que florecia Estrabon, Hipalo fijó la navegacion de la India por el Golfo Árabe, experimentando los vientos regulares que llamamos *monzones*, tomando uno de estos vientos, el de Sud-Oeste que conducia á la India, el nombre de *Hipalo* de aquel intrépido navegante. Las flotas romanas partian por lo regular del puerto de Berenice, cuando el estío llevaba corrida la mitad de su carrera, y llegaban en treinta dias al de Ocelis ó Caná en la Arabia; de allí se dirigian al de Muziris, primera escala de la India, en cuarenta dias, invirtiendo por lo tanto setenta en la navegacion. El retorno, que se hacia en invierno, se verificaba en el mismo espacio de tiempo, de lo que resulta que los antiguos empleaban menos de cinco meses para ir y volver de las Indias. Plinio y el *Periplo* del mar Eritreo suministran estos curiosos detalles.

Despues de Estrabon, Dionisio el Periegeta, Pomponio Mela, Isidoro de Charax, Tácito y Plinio vienen á aumentar los conocimientos ya adquiridos acerca de las naciones antiguas. Plinio, sobre todo, es interesante por el número de viajes y relaciones que cita. Al leerle vemos con sentimiento se ha perdido una descripcion completa del imperio romano, hecha de orden de Agripa, yerno de Augusto, así como los Comentarios sobre el Africa escritos por el rey Juba, comentarios extractados de los libros cartagineses; tambien carecemos de una relacion de las islas Afortunadas de Stacio Seboso, las *Memorias* de la India por Séneca, y un *Periplo* del historiador Polibio, tesoros que con dolor llorará perdidos la posteridad. Plinio tuvo alguna noticia del Thibet; fijó el punto oriental del mundo en la embocadura del Ganges; al Norte entrevió las Orcades; conoció la Escandinavia, y dió el nombre de *Golfo Codan* al Mar Báltico.